

DOMINGO XV DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Deuteronomio 30, 10-14): *Escucha la voz del Señor, tu Dios.*

Salmo (68, 14 y 17.30-31.33-34.36ab y 37): *«Humildes, buscad al Señor, y revivirá vuestro corazón»*

2ª lectura (Colosenses 1, 15-20): *Cristo Jesús es imagen de Dios invisible.*

Evangelio (Lucas 10, 25-37): *Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón.*

«**Maestro, ¿qué debo hacer para conseguir la vida eterna?**». La pregunta que un maestro de la Ley le propone a Jesús no estaba exenta de dificultad. Podemos casi adivinar la mirada de complicidad que dirigiría a otros escribas, como insinuando burlonamente: “*A ver con qué nos sale este*”. Jesús no está ansioso por demostrar que conoce la Ley, por eso revierte la pregunta: «**¿Qué es lo que está escrito en la ley? ¿Qué lees en ella?**». Es como si Jesús le dijera: “*El doctor eres tú, lúcete con tu respuesta*”. Y aquel experto contesta con toda su ciencia, en un tema que era ampliamente discutido.

No era ciencia lo que le faltaba a aquel doctor. Lo que parece que le faltaba era caridad, y quizás no poca humildad, le sobraba amor propio y soberbia. Conocía bien la Ley y sus tradiciones. Sin duda, habría escuchado a los mejores maestros de su tiempo y habría discutido ampliamente sobre los innumerables preceptos de la Ley. Él ya había llegado a sus conclusiones, y hemos de reconocer que había acertado al entresacar entre tantos preceptos y mandamientos aquellos que eran verdaderamente cruciales: **«Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con todo tu ser, y al prójimo como a ti mismo»**.

Lo que no se esperaba aquel doctor es que Jesús no se pusiera a discutir, a buscar matices, o a leer la letra pequeña, sino que aceptara sin más su respuesta y le propusiera una parábola. En la misma formulación de la primera pregunta del doctor de la Ley está la raíz de sus propias dificultades. Él quería saber qué tenía que hacer para “*conseguir*” la vida eterna. Buscaba cómo iba a conseguirla, pero al responder que la Ley nos pide ante todo amar: **¿Cuál de estos tres te parece que ha sido prójimo del que cayó en manos de los bandidos?**, cae en la cuenta de que no debe obtener o conseguir, sino dar, y eso es bastante más difícil.

«Anda y haz tu lo mismo». No se trataba de adquirir algo más, se trataba de entregarse completamente en el amor a Dios, como la Ley y el mismo lo ha atestiguado: **«con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas...»**. Pues el que ama no adquiere, no consigue, sino que se entrega, se da. El camino a la vida eterna solo se recorre en la vivencia continua de esa gran paradoja: “*adquiero cuando doy, consigo en la medida que me entrego*”. No es sencillo amar a Dios, hacer de Él nuestra prioridad. No es sencillo, ciertamente, aunque es lógico y razonable. Amar al prójimo, pero... **¿quién es mi prójimo?**

El heroísmo, como actitud ante la vida y forma de generar modelos sociales, es una señal de identidad de la cultura occidental: desde el semidiós Aquiles hasta los admirables mortales como Alejandro, César, Carlomagno o Napoleón. Además de los heroísmos guerreros clásicos, los ideales religiosos de santidad o los profanos de desarrollo individual también marcan nuestra cultura en la cristiandad y en la modernidad.

Hoy y siempre los héroes han sido de cómic, es decir, que sirven para crear historias: destacando entre la masa, adquieren fama y marcan un modelo de comportamiento para todos los demás; pero un modelo inalcanzable si no se tienen superpoderes. Los héroes logran así una vida eterna en la memoria de los demás. También hay, un heroísmo más descafeinado, de cine y show televisivo, que crea historietas más banales de máquetin y publicidad.

En el Evangelio no encontramos este tipo de heroicidades. El mismo Jesús aparece como el antihéroe que fracasa y logra la paz **«por la sangre de su cruz»**. Lo que encontramos es fundamentalmente un mensaje, cuyos principios son el amor a Dios y al prójimo, como una misma actitud ante el mundo, que habla de otro tipo de heroísmo, al que todos estamos empujados –por eso es un mandato– y que no excede nuestras capacidades, sino que conocemos atendiendo a nuestro corazón. Se trata del heroísmo que extiende el amor de Dios descubierto en uno mismo.

En las historias que nos cuenta el Evangelio, como la del buen samaritano, los héroes se llaman **«prójimos»**: los que se aproximan anónimamente al necesitado. Y los villanos no son intrínsecamente malvados sino aquellos – como el levita o el sacerdote de la parábola– que, a pesar de conocer los principios sagrados, prefieren dar un rodeo indiferente ante el objeto del amor: la persona que necesita ser amada, protegida, cuidada.

Etimológicamente la palabra “*héroe*” significa “*el que protege y cuida de otro*”. Jesús nos enseña que para ser un auténtico héroe uno ha de salir de sí mismo –alejándose del propio ego– para acercarse como **«próximo»** al que necesita que lo amen como ama Dios. La compasión es el valor fundamental del “*héroe anónimo*”. Es necesario reivindicar una cultura y una ética de la compasión, del auténtico heroísmo, sobre todo en tiempos donde se ha institucionalizado en las conciencias –y hasta en los programas políticos– la xenofobia, el rechazo al pobre, y la invisibilización de las personas apaleadas, machacadas y abandonadas en las cunetas.